

JUNTA MAYOR
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES
DE LA SEMANA SANTA
DE LEÓN

PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
LEÓN 2012

A cargo de
D. MARIO DÍEZ-ORDÁS BERCIANO

Salón de Actos del Nuevo Recreo Industrial
León, 24 de Marzo de 2012



LEÓN



**JUNTA MAYOR
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES
DE LA SEMANA SANTA
DE LEÓN**

**PREGÓN
DE LA SEMANA SANTA
LEÓN 2012**

A cargo de
D. MARIO DÍEZ-ORDÁS BERCIANO

Salón de Actos del Nuevo Recreo Industrial
León, 24 de Marzo de 2012

¡VIVA LA SEMANA SANTA!

*Este pregón va por mis hijos, Eloy y Martín,
para que, como mandó un capataz de Sevilla,
sigan la tradición
y los años se rompan en el tiempo,
pero que el Amor de este bracero siga vivo.*

Tarde de Viernes de Dolores en la Plaza del Grano. El mejor pregón de la Semana Santa de León que pueda pronunciarse lo dan hoy aquí las mujeres leonesas a eso de las ocho, cuando las campanas se vuelven locas y un río de luz antigua comienza a manar de las tinieblas románicas de la Iglesia del Mercado. No cabe pregón más castizo ni más hermoso que el de la fe de estas anovenarias ardiendo entre sus dedos.

Y entre tantas sublimes pregoneras, la primera, la que es Reina de León por derecho sin que le haga falta corona, la que es Virgen del Camino porque es Ella la única senda, la que enciende hogueras de emoción con su carita de pena y, sin pronunciar siquiera una palabra, proclama a los cuatro vientos el verdadero ser del alma de nuestra tierra y de su Semana Santa.

Hoy quiere el pregonero haceros soñar que está en León la primera en la calle y no puede menos que poner desde ahora su pobre palabra bajo el amoroso manto de Quien siempre hace que así sea.

Hoy me acerco hasta Ti como un chiquillo
impaciente de flores y cornetas
en tu Plaza de cantos y visillos
donde mi amor quisiera ser saeta.

Hoy llamas a León a la batalla
de encontrarse con Dios por las esquinas
oyendo su mirada que no calla
y hablándole sin voz cuando camina.

Hoy te veo avanzar sobre tu gente
y profano tu llanto con el goce
de saberme entregado únicamente
a dejar que tu pena me destroce.

Hoy un coro de voces celestiales
tanto sosiego en el convento instala
que dudas si cruzar esos umbrales
o quedarte y hacerte carbajala.

Hoy eres viento, luz, camino, herida,
herejía en madera que acapara
los afanes de un pueblo sin salida,
que en tu Hijo, siendo Dios, nadie repara.

Hoy, por fin, la rutina se destrona.
Hoy el vencejo borda cuando vuela.
Hoy todos los pecados se perdonan.

Hoy la tarde es un bronce que repica
y un rostro de mujer tras una vela
y un dolor como el tuyo, Morenica.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo de León,
Excelentísimo Señor Alcalde,
Dignísimas autoridades eclesiásticas, civiles y militares,
Sr. Presidente y Junta Directiva del Nuevo Recreo Industrial,
Junta Mayor de Cofradías y Hermandades de la Semana Santa de León,
Hermanos Paponos de León,
Senado y Pueblo Legionense,
Amigos.

Como diría San Pablo, a hueco sonarían mis palabras si no comenzase por agradecer al Sr. Alcalde su generosa presentación, que ha disimulado hábilmente mis carencias, sólo explicable por el proverbial sentido del deber que le caracteriza. Gracias también al Sr. Obispo por aprobar mi designación como pregonero, concediéndome la absolución sin haberle llegado a confesar mis pecados. Gracias, don Julián, por su confianza y sinceras felicidades por su primera década recién cumplida en la sede de San Froilán. Y a los miembros de la Junta Mayor de la Semana Santa, mi rendidísima y eterna gratitud por el alto honor que me dispensaron y la emocionante zozobra en la que me sumieron al encargarme este “pregón de pregones” al que ningún cofrade de León, si por tal se tiene, puede negarse, aunque, como yo, no lo merezca.

Por eso, porque creo que no merezco ocupar este atril, te pido, León, que me tiendas tu mano. Porque vengo a hablarte de tus cosas más sentidas, que son las mías, y a llevarte de paseo por las recónditas sendas de tus emociones desde el gozo desbordado del Viernes de Dolores hasta la nostalgia eterna del Domingo de Resurrección. Dale la mano a este hombre ridículo y contradictorio que te ha negado más de tres veces y que no sabe cómo pedirte perdón, pero que, mientras se preparaba para cumplir el comprometido encargo de ser tu pregonero, ha aprendido algo para siempre: que a fuerza de quererte llegó a ver sólo lo que le parecían tus defectos y quizás no eran más que reflejo de los suyos. Dame la mano, León, porque hoy vengo a decirte que te amo, que soy madera de tu madera, sangre de tu sangre, verso de tu boca.

Dadme vuestras manos, leoneses, porque el tiempo está a punto de cumplirse y la alegría sin límites del primer papón en la calle se apresta a invadir nuestros corazones en tormenta y a liberarlos de la costra acumulada durante el año en tantos Miércoles de Ceniza.

Hermanos, dad la mano a León, que la Catedral tiene la luna y el sol, y la luna un Nazareno, y el sol es el mismo Dios.

Dadme la mano, leoneses,
que en un río de candelas
tan tristina y tan solica
pasa dejando su estela
de penas la Morenica.

Dadme la mano, valientes,
y en paso largo a la izquierda
el Sábado de Pasión
ni un solo compás se pierda
que el que Anás va despreciando
hoy quiere llegar triunfando
para morirse en León.

Dadme la mano, braceros,
que viene el Dainos caído
bajo el peso del madero
y hacen falta Cirineos
por la calle del Hospicio.

Dadme la mano, emigrantes,
que desnudo y jadeante
con su barrio por delante
un gitano de la Vega
toda injusticia doblega
con sus manos implorantes
y el perdón a Él no le llega.

Dadme la mano sin prisa,
que en tarde de Jueves Santo
un viento verde se alía
con un palio, con un manto
y un Dulce Nombre: María.

Dadme la mano a la vez,
Senado y Pueblo leonés,
que un Ecce Homo ya espera
a que en su paso le des
esa sentencia postrera
que sentirá verdadera
andando sobre tus pies.

Dame, León, tu mano y ven
a proclamar tu fe en lo que sí ves,
a sentirte en la gloria caminando,
a derrochar crepúsculos sin duelo
y a amanecer de Ronda pregonando,
que están tus emociones en desvelo
y tu alma en parihuela alza su vuelo
cuando escuchas la voz de Dios gritando:
¡¡A brazo, al hombro y al cielo!!

+++

Tanto amó Dios a León que le dio a su único Hijo revelado en carne imaginera para que, en su contemplación caminando por nuestros lugares cotidianos, le recordásemos, aunque sólo fuera una semana al año, olvidando por unos días la afanosa adoración al terrible dios del dinero.

Y así, por devoción y por costumbre, el pregonero se dispondrá un año más a tomar la alternativa que León le da la tarde del Sábado de Pasión ante la Puerta del Príncipe de la grandeza de nuestros antepasados y, nervioso como un novillero, se revestirá con el azul Sacramentado de la túnica y el antifaz que tendrá cuidadosamente extendidos sobre la cama, los ceñirá con la seda y el oro de su devoción isidoriana y, por el camino más corto, se apresurará a reencontrarse con un Cristo manso y cautivo que, echando la izquierda “alante” como en su tierra, viene a predicarnos su mensaje de Esperanza en una procesión de nueve días y redimirnos de nuevo. Dejadme que lo sueñe ahora.

Vámonos poquito a poco
que está esperando León
 pa darte su corazón
 y *pa* que le vuelvas loco.

Que hoy tus pies, sin ser tus pies,
 dejan el invierno atrás
 y caminan al compás
 de tu tierra, ya lo ves.

Eres Dios omnipotente
 pero te cuesta vencer
 el arco, así sin mecer,
¡vámonos siempre de frente!

Empieza todo a vibrar
cuando, completo el portento,
tu Banda por Sacramento
ya te va enseñando a andar.

Rompe su voz el vocero
 y en una chicotá de oro
 la Plaza San Isidoro
no es de piedra, que es de albero.

El gallo marca el sendero
 que lleva al anochecer
 y *pa* que sepas volver
 será en tu faro el farero.

Por Teatro, paso lento
 y una revirá gloriosa
 que una media salerosa
la darás frente al convento.

Si una cuesta desafía
a tu cuadrilla y su casta,
mira cómo se las gasta
subiendo Zapaterías.

San Martín es tu Campana,
sobran drama y Teología
cuando haces tus trianerías
porque a Ti te da la gana.

Al pararse tu cortejo
con fondo de Catedral,
con tu presencia juncal
se dibuja un azulejo.

En su Cristo la Victoria
te ofrece su Baratillo
y gozas como un chiquillo
triancando hasta la gloria.

Y al llegar ante tu puerta
echo la mirada al cielo
y en tus ojos veo un velo
de emoción clara y abierta.
El arco es frontera cierta
entre Tú y el mundo entero,
mas testimonio sincero
puedo dar de que yo he visto
que está llorando mi Cristo
el llanto de sus braceros.

El mismo Cristo que el Domingo de Ramos, tras su entrada gloriosa en la mañana de los niños, nos manifiesta el triunfo de su Gran Poder por San Lorenzo, como el Señor primigenio:

Llamándote Gran Poder
no llevas cruz ni corona
y una luz nueva pregona
la plenitud de tu ser.
Todo está aún por hacer,
sólo es Domingo de Ramos
y aunque de sobra sepamos
lo que estos días te espera,
viendo tu estampa torera
a la muerte toreamos.

Cuando la luz va muriendo a su vera, el Señor tiene prisa por cargarse una cruz al hombro para recorrer las calles de ese León eterno que se nos va entre los dedos.

La tarde del Domingo de Ramos tiene sabor a torrija y a barquillo, a limonada y a canela, rumor de bulla popular, de familias inmensas que se adueñan de las callejuelas y de zumba paponera en las tabernas, nerviosa por la llegada de los días grandes soñados durante todo el año.

En este laberinto de rituales, no es extraño que el pueblo leonés, tan amigo de motejar lo sagrado para hacerlo más cercano, tuviese a bien bautizar como “el Ranero” al humanísimo Nazareno caído de los Capuchinos, pues la postura de su mano diestra recordaba a nuestros abuelos a la de los pescadores de ranas al acecho en las numerosas charcas que en el pasado circundaban la Ciudad.

“Dainos, Señor, buena muerte por tu santísima muerte.” No puede imaginarse jaculatoria más terrible ni a la vez más preñada de ingenuidad aldeana y de airines de la tierra.

Inmerso en esta atmósfera obsesiva, el pregonero no puede menos que dejarse llevar por su verdadero ser cuando ve llegar al Ranero.

Imaginaos la escena:
la Cuesta de Carbajal
en la tarde del Domingo.
De frescos flecos de palma
se viste la primavera
y se asoma a los balcones
a que el gentío la vea.

Del convento salen rezos
de centenarias cadencias
y un aroma a tiempo antiguo
de mi alma se apodera.

Cristo con la Cruz al hombro
viene subiendo la Cuesta.
Viene solo y despacito
y sin soltar una queja,
cargándose a las espaldas
todo el dolor de esta tierra.

Se detiene frente a mí.
Mi sangre crepita y tiembla
al verle ahí derrumbado,
herido roto y sin fuerza,
implorando con la mano
sólo un gesto de clemencia.
Cuando un arrebato quiere
subirme sobre sus andas
a pujar por el madero
para hacerme Cirineo
de su terrible jornada,
surge el milagro en el aire,
empieza a tocar la Banda
y el Nazareno vencido
cual Lázaro se levanta
dejándome la ternura
de su mirada de nácar.

León de Ramos y Dainos,
Jerusalén de nostalgias.
Los tejados de la tarde
se tiñen de limonada.

Dios pobre de carne y hueso,
en soledad franciscana,
entre revueltas y esquinas,
Jesús el Ranero pasa.

Con el alma aún temblorosa, el pregonero se acerca a la Plaza Mayor, en la que hace su entrada entre tinieblas un Cristo crucificado, sin nada que nos distraiga del majestuoso serpentinato de su agonía. Sólo hay ya Redención en el Domingo de Ramos y capirotes de luz catedralicia desfilando sobre los tejados.

A golpe de horqueta avanzas,
Jesús de la Redención,
tu cara y tu cuerpo son
la muerte a la vieja usanza.
Embebido en tu bonanza
se va el Domingo de Palmas.

Todos los temores calmas
cuando en la Plaza de luces,
que aunque se apaguen las luces
has encendido las almas.

Pero Cristo no puede morir en León sin enseñarnos a perdonar. ¡Qué sublime lección de amor al prójimo nos dan cada Martes Santo el Cristo del Perdón y todo su barrio de la Vega, superando vías, barreras y kilómetros desde mucho antes de que la propia Ciudad lo hiciera para llevar a ésta su mensaje de caridad con los más desamparados y de perdón a los arrepentidos!

He aquí al Cristo auténtico del Evangelio, el de los viejos tirados en un caserón de la Corredera a esperar lentamente la muerte al cuidado de unas monjitas que son en verdad ángeles suyos, el de los indefensos y los cautivos que cada año reciben ante el “locus appellationis”, bajo el gesto terrible de la Justicia medieval, la alegría de su sentencia fundada sólo en amor.

Tengo para mí que en el fin de los tiempos, cuando los papones comparezcamos ante el juicio definitivo del Cristo del Perdón, no seremos medidos por la magnificencia de los tronos y enseres que hayamos conseguido sacar a la calle, sino que, tendiéndonos sus manos de ferroviario, el Hijo del Hombre nos preguntará como a Caín en el Génesis: “¿Qué has hecho de tu hermano?”

Sólo espero poder rendirle entonces las mismas cuentas de papón que cualquiera de los miembros de su humilde Cofradía, ejemplo para todas las leonesas en su compromiso evangélico.

Preso estoy de Ti, Señor,
y a León tienes cautivo
porque en prueba de amor vivo
vas dejando en derredor
redención al pecador
y al viejo tu compasión.
Nos das tu liberación
arrodillado y humano.
¡Qué verdad hay en tus manos,
Santo Cristo del Perdón!

La misma verdad que en la tarde del Miércoles Santo pone Jesús camino del Calvario por el barrio de Santa Marina, maniatado al travesaño de la cruz y con su sentencia colgada del cuello, sin artificios artísticos ni ornamentos que nos distraigan de su destino:

Sin ser como un Nazareno
vas camino del Calvario
y no hay arte imaginario
que te lo haga más ameno.
Ya es Miércoles, queda menos,
pero aún sobran esquinas
y cuando el sol adivina
tu caída en el castigo
la tarde se cae contigo
al dejar Santa Marina.

Mientras tanto, Jesús de Medinaceli nos interpela con su andar silente, despertando corazones en la anochecida:

Silencio solo y descalzo,
Silencio hondo y moreno,
Silencio de franciscano,
Silencio de ronda y credo,
Silencio en terno bordado,
Silencio de buen torero,
Silencio en bronce gitano,
Silencio que trae recuerdos,
Silencio hecho escenario,
Silencio que es pregonero,
Silencio que viene hablando,
¡Silencio, León, Silencio!

En la mañana de Jueves Santo, la Ciudad ensaya su despertar del día siguiente para escuchar temprano las bienaventuranzas que el Moreno le predica desde el divino púlpito de su cruz.

El sermón de la montaña
se da hoy desde una cruz
en que Cristo a contraluz
la verdad nos desentraña.
La Ciudad se hace aldea
de San Claudio cuando al cielo
levanta el azul su vuelo
y con orgullo divulga
que pan moreno comulga
de manos de don Carmelo.

Al caer la tarde del amor fraterno, León comulga de las propias manos de Cristo, que oficia su misa callejera desde la sede incomparable de su paso de misterio. La Sagrada Cena es una foto fija de dos mil años, una gigantesca epifanía en la que conviven gestos y músculos, miradas y tendones, escalofríos y venas, milagros y pies, portento y humanidad.

Extasiado ante semejante polifonía de emociones, el pregonero siempre vuelve su mirada absorta hacia la del Cristo y, sin saber por qué, año tras año se siente invariablemente delatado como uno de los miles de Judas que están a punto de apoderarse de la Ciudad.

Partiendo vienes tu pan
la tarde de Jueves Santo
sabiendo que a medianoche
irá la Ronda anunciando
que ya no hay paz en la Tierra
y espantando a los diablos
mientras el cielo se comba
hasta romperse en pedazos.
Rodeado estás de tus doce
y ese anhelo tan humano
de pedir que te recuerden.

No temas ser olvidado,
que sirviendo está la Cena
Víctor de los Ríos Campos.

Rodeado estás de tus doce
y sólo a uno mirando.

¿Seré yo el traidor, Maestro,
que veo avanzar tu paso
derrochando Eucaristía
y comulgo sólo un rato?

¿Por qué buscas mi mirada
entre la bulla si al cabo
mañana estaré metiendo
mis dedos en tu costado
y creeré porque te siento
muriendo siempre a mi lado?

Rodeado estás de tus doce
y sólo a uno mirando.

“Lo que has de hacer, hazlo pronto”,
vas por León pregonando,
y León hará lo que debe
y yo seguiré rogando
que no me mires al vies
la tarde de Jueves Santo,
pues soy Tomás y no Judas,
soy sólo un hombre que duda,
¿por qué me vienes mirando?

Es Noche de Jueves Santo. Noche de pregones de tiniebla, de vieja sangre agrumada, de judíos muertos en el fragor de las tabernas. Los papones de Jesús cuartejan la madrugada con sus toques de escalofrío, anunciando que el Nazareno está preso con mil ángeles negros que le rondan los costados. A la llamada del vocero, las sombras se quietan en cuatro mil añicos que el viento de la fe y de los siglos lleva hasta Santa Nonia. Un rumor de pasos apresurados invade León, que finge estar dormido, porque en su corazón sabe que ha llegado la hora, el día más esperado, en el que mostrará al mundo su verdadero ser, tan lejano del arquetipo de ciudad fría del norte, porque hoy más que nunca echará la casa por la ventana para cubrirse de flores esplendorosas, para que la música suene a gloria, para vestirse con túnicas de tablas y de terciopelo, para que el oro cubra cada palmo del atuendo de su Madre, para que broten acantos en la plata, para que la madera sea altar itinerante, para que el incienso invada cada recoveco de la calle y del alma. ¡Viva el Viernes Santo! Porque hace que mi León muestre por un día lo que es: un pueblo distinto a cuantos le rodean, que harto de su secular pobreza un día ya lejano decidió que su Padre y su Madre saldrían a la calle con las mejores galas de su amor y su devoción. Por eso Víctor de los Ríos le hizo en 1946 un trono de oro al Nazareno y en 1958 estallaron las cornetas de Jesús Divino Obrero. Desde entonces, los tópicos de la austeridad y el silencio saltaron por los aires, y León no se avergüenza de tener una Semana Santa ecléctica, hija de mil influencias, y por lo tanto única, en la que la hondura convive armoniosamente con la brillantez.

Al apagarse la voz de la Ronda, se desborda el Viernes Santo en Santa Nonia y con los primeros escarceos de la aurora el Jesús de la Oración del Huerto restablece amorosamente el orden de las cosas cuando demuestra ser Dios en su Getsemaní itinerante.

El Viernes Santo amanece
contigo en su cruz de guía
y aunque sudas sangre fría
el Padre sigue en sus trece.
Tu miedo humano enaltece
tu sacrificio sin par.
Dejándote sentenciar
y aceptando así el madero
eres Dios más verdadero
que caminando en el mar.

En la mañana leonesa más esperada, tras haber sido prendido entre los castaños de San Francisco, flagelado en la columna de la Plaza del Grano, coronado de espinas en el recodo de la calle Corta y presentado a la multitud en la Plaza Mayor, Jesús Nazareno va taladrando las almas con su mirada infinita y camina con gallardía bendiciendo a su pueblo que, el Viernes Santo más que nunca, se muere por ser su Cirineo.

¿A dónde vas, Nazareno,
siempre con tu cruz a cuestas?

Déjame ser Cirineo
de tu mañana más bella,
mira que todo León
está soñando en la espera
de ver, Señor, tu camino
al compás de las cornetas,
tu terno morado y oro
y tu camisa de fiesta,
tu poderío de lirios
entreverados de cera,
tu trono que trae nostalgias
de paso largo a la izquierda,
mientras Tú vas padeciendo
siempre con la cruz a cuestas.

Déjame ser Cirineo
de tu aterradora empresa,
que detrás viene tu Madre
vestida de primavera
enamorando a León
entre bambalinas que son
guadamecías de Reina,
déjame ser Cirineo,
que no quiero que te vea
envuelto en sudor y sangre
siempre con tu cruz a cuestas.

Déjame ser Cirineo,
que aunque no tenga la fuerza
de ese bracero del campo
que llevas en la trasera
tengo un alma de papón
que hoy se siente nazarena
y un corazón leonés
y mi verbo de saeta
que te irá diciendo coplas
para que no desfallezcas
y cien hombres a tus pies
con sueños de parihuela
y tengo a todo León
para seguirte en la senda
que marques hasta los cielos,
Nuestro Padre Nazareno,
siempre con tu cruz a cuestas.

El Viernes Santo antiguo continuaba y terminaba con el Santo Entierro, la última de las procesiones penitenciales de León, según cuentan las “Croniquillas” de Marón, la publicación más antigua de cuantas se conocen sobre nuestra Semana Mayor y su primera guía de procesiones, rescatada del olvido por La Horqueta de mis entretelas un siglo después de su publicación en 1907. Aunque por ventura hoy ya no sea ni mucho menos el último, el solemne y oficial cortejo del Santo Entierro nos sigue anunciando con su melancólico encanto que todo empieza a terminar.

Amortajado en la noche, Jesús duerme por fin. Ha sido un día terrible de traiciones, latigazos, espinas, clavos y cruces. Y de muchas horas de calle por una Ciudad entregada con gozo de flores frescas y ropa de domingo a la celebración del drama de su Pasión y Muerte, porque León en el fondo sabe que después del Viernes Santo siempre llega un Domingo de Pascua.

Ante la humanidad ineluctable de Cristo yacente en su Santo Entierro, el pregonero no puede menos que rebelarse contra la aparente derrota del Hijo del Hombre en su titánica tarea:

Ya te han partido el alma que ofreciste,
tu verdad por dinero se ha vendido
y a tus gestos de amor han respondido
taladrando las manos que tendiste.

Tan derrotado estás Tú que viniste
a derrumbar los templos sin sentido,
a ser lumbre y tormenta y yunque hendido,
Tú que guerra en el alma nos pusiste.

¿Cómo puedo entender tu sacrificio
si siento en tu mirada un ascua fría,
si el Padre sigue ausente y distraído?

Sólo quiero ponerme a tu servicio
cuando la tarde se hace de sangría
y un día junto a Ti caer dormido.

La melancólica luz del Sábado Santo trasladará este año el Descendimiento del Maestro de Palanquinos del altar mayor de la Catedral hasta su Plaza, donde los papones del Desenclavo se convertirán en modernos Nicodemos y Josés de Arimatea:

La luz gótica desmaya
la tarde en descendimiento
y en el alma hay un lamento
de final que nunca falla.
La Virgen Blanca se calla
el llanto que la lacera.
La tristeza es plaza entera
y la fe son emociones
cuando León se dispone
a subir las escaleras.

En la noche de la gloria, con la sencillez de las cosas importantes, los hermanos del Sepulcro irán despertando lentamente a Jesús de su sueño, para que resucite también en pleno siglo XXI:

Despierta, Jesús, despierta,
que la mañana se viene
y a la muerte le conviene
que tu Esperanza sea incierta.
Despierta, Jesús, despierta
que el mundo te necesita
y aunque el rito se repita
en este Sábado Santo
esperamos de Ti tanto...
¡Despierta, Jesús, y grita!

La última imagen de Cristo de nuestra Semana Santa nos llega el Domingo de Resurrección desde El Ejido, desatando bandadas de palomas que emprenden el vuelo hacia la nostalgia. Un año por delante, Dios mío, para volver a verte caminando entre nosotros...

Campanas de Catedral
anuncian la algarabía
de tu Encuentro con María
con toques de madrigal.
La gracia de tu arrabal
le hace sentirse elegido
cuando en el paso subido
me cambia en el corazón
el negro de tu Pasión
por el blanco del olvido.
Quisiera seguir dormido
como el soldado romano
e ir dejando de tu mano
mis anhelos suspendidos,
soñando lo ya vivido
y huyendo de lo diario.

Mi vida es el escenario
de lo que hoy se conmemora,
mas tu Pascua no es mi aurora
sino mi Monte Calvario.

+++

¿Y María? ¿Dónde estará María?

A María la veréis el Viernes de Dolores en los ojos de las ofrecidas, o en los de la mujer que camina sin túnica ni mantilla tras un paso de Cristo, o en los de la monjita asomada tímidamente a la celosía de la clausura, o en los de la abuela que en un viejo balcón se santigua y llora porque al paso de su vida le falta un bracero la mañana de Viernes Santo.

La Virgen tiene en León tantos rostros humanos como corazones la miran. Y así, Nuestra Madre de la Divina Gracia será la Hija del llanto más roldanesco, más serenamente desgarrado desde este Domingo de Ramos, cuando irá consolándonos con sus penas en la atardecida desde que salga a la Plaza del Grano:

Vestida de carbajala
viene la Tristeza andando
por sencilla emocionando
sin lugar para la gala.
El llanto se le resbala
y en sus lágrimas me embarco,
que cuando atraviesa el arco
va sembrando trecho a trecho
lo que le hace por derecho
la Señora de San Marcos.

Y es León mismo quien lleva a María en su mirada, quien ve en el dolor de la Piedad de Minerva el suyo propio y se ofrece a consolarla:

No llores más, Madre mía,
que Jesús está dormido,
acunado en tu regazo
como cuando era un niño,
y ya no habrá más romanos
que le abran los costados,
ni más pueblo enloquecido,
ni más cruces en el aire,
ni más olvido divino,
que por fin es todo tuyo
el que ayer era tu Hijo
y duerme ya en tu regazo
como cuando era un niño.

No llores más, Madre mía,
que a la muerte entre ladrones
Dios ha mandado a tu Hijo,
mas rosa tan dolorida
no la puede haber querido.

No llores más, leonesa,
que San Martín es contigo,

y en calle Plegaria espera
para morir a la vera
de ese milagro castizo
que es verte bajar la cuesta
al paso en que se recrean
la penitencia y los lirios.
No llores más, mi Piedad,
y escucha lo que te pido:
que cuando todos seamos
de este mundo descendidos
durmamos en tu regazo
como cuando éramos niños.

Es León mismo quien la tarde de Jueves Santo intenta mitigar la delicada melancolía de María del Dulce Nombre, con su andar elegante a hombros de sus braceras, cuando al pregonero siempre le asalta el deseo de invadir la calle y caminar vuelto hacia el rostro de esa Madre que parece niña y es más joven que San Juan:

Yo quiero cangrejar
por delante de su paso.
Dejadme, no me hagáis caso,
prometo no molestar.
Sólo quiero caminar
donde los hombres no van
porque así todos sabrán
que en ese cielo bordado
por estar siempre a su lado
tengo envidia de San Juan.

Es León en su plenitud quien la mañana de Viernes Santo se extasia ante la Dolorosa a su encuentro con San Juan en la Plaza Mayor, quien se rinde a la arrolladora hermosura de su presencia y quien, como ahora el pregonero, con su aplauso la piropea:

Ole las Vírgenes guapas,
ole tu gracia serena
que convierte la condena
en caricia que me atrapa.
Ole el sol que en Ti florece,
que el Viernes muy de mañana
con la luz que de Ti emana
nuestras almas amanecen.
Ole tus manos benditas
que van dándole verónicas
a la soledad agónica,
pues sabes que resucita.
Ole tu palio de cielo,
doce bambalinas danzan
un tintineo que alcanza
a consolarte en tu duelo.

Ole el arte de tu manto
que lleva en oro bordada
de cariño una enramada
y entre sus pliegues, tu llanto.

Ole tu saya de acantos,
que entre mil flores metida
eres la mejor vestida,
Señora del Viernes Santo.

Y ole León que te espera
y en tu divina presencia
no ve quejidos ni ausencias,
que sólo ve primavera.

Ni en tu belleza postrera
ni en la mañana más plena
hay lugar para la pena.
Dolorosa, entre el gentío
tus lágrimas son rocío,
Madre mía Nazarena.

Es también León quien se consuela con la admirable entereza de la Virgen de las Angustias, que va llorando por dentro, sin que se note, como las madres leonesas, derramando elegancia en cada rincón de la noche del día más grande, sabedora de que a su dolor expectante le queda lo que a la luna de Semana Santa.

Solitaria y pensativa
con tu Hijo en el regazo,
tres días le doy de plazo
al dolor que te cautiva.
Si tan poco Dios te priva
del amor que vas penando,
si el Domingo está llegando,
¿por qué tu color se amustia?
¿Por qué te llamas Angustias
si Él ya está resucitando?

Y a nadie más que a León encontraréis junto a María cuando, al término del Entierro de su Hijo, la más cruel soledad se apodere del corazón de esta Madre que en su palio va llorando lágrimas de cera.

No se puede estar más sola
que sola como Tú vas
como una candela negra
en un inmenso fanal,
como una lágrima viva
que entre la cera arderá,
como una rosa tardía
olvidada en su rosal,
como una gota de sangre
en un ruedo sin pisar,
como una vieja saeta

que nadie vuelve a cantar,
como un papón sin Cuaresma,
como un verso sin rimar,
como Dios mismo en su Reino,
¡qué sola estás, Soledad!

+++

Junto a Cristo y María, los leoneses son los actores imprescindibles de este drama coral representado en calles como naves catedralicias y en plazuelas como claustros.

El amor de los leoneses por su Semana Santa se manifiesta con frecuencia en el exacerbado apasionamiento con el que cumplen sus obligaciones cofradieras. Como aquel curiosísimo personaje, conocido popularmente como “Tejero el de la bandera”, quien, por su peculiar estilo de portar el pendón de la Venerable Orden Tercera, levantaba expectación en todas las procesiones a las que acudía esta entrañable corporación franciscana. Al verle aparecer tan envarado y diminuto, tan parecido a Alfredo Landa, con el rostro congestionado, cubierto de escapularios y marcando el paso de la oca con la bandera más tiesa que un cirio, se suscitaban entre el público comentarios de admiración y hasta ovaciones a las que Tejero respondía acentuando aún más el paso, que iba “de costero a costero” y hacía peligrar la lisura del pavimento urbano. Durante muchos años fue casi tan popular como el San Sebastián del Corpus de Laguna de Negrillos. Hasta que a algún jerarca timorato debió de parecerle excesivo el ardor de Tejero en el desempeño de su labor procesional y le quitaron la bandera. Desde entonces se le ve solo, rumiando sus nostalgias en las aceras los Domingos de Ramos, y al Dainos se le ve también un poco más triste.

La misma vehemencia empleó mi inefable amiga Menchu Manzano, nuestra imprescindible manola blanca, a la hora de defender su puesto en una Procesión de los Pasos de finales de los setenta, cuando, al ser requerida por el seise de turno para que abandonase la delantera del palio de la Dolorosa, le espetó con esa retranca leonesa tan suya: “*Yo no voy delante de la Virgen. Yo voy detrás del San Juan.*” Y, faltaría más, Menchu se quedó donde estaba.

En lo que los papones leoneses nunca hemos andado muy duchos es en cuestiones protocolarias, al menos hasta hace pocos años, pues hoy rara es la cofradía que no dispone de un seise expresamente encargado de la materia. Don Julián puede dar buena fe de ello, pues cuentan que, apenas llegado a León, en una de sus primeras vistas pastorales a una parroquia de la Ciudad, fue agasajado por la cofradía que allí reside con un frugal vino español. En el ambiente amable y distendido creado en torno al nuevo Prelado, a un seise de la corporación se le ocurrió preguntarle:

- Eminencia, ¿el padre de usted era también obispo?

Sin que don Julián pudiese llegar a contestar, el abad de la cofradía anfitriona re-
prendió raudo a su seise:

- Cállate, bestia, ¿no sabes que los obispos no tienen padre?

+++

A estas alturas del pregón, que revira ya hacia su última calle, ustedes se preguntarán: ¿pero no va a hablarnos del Cristo de los Balderas ni de Las Siete Palabras?

Comprenderéis, leoneses, que, viniendo el pregonero de donde viene y tras décadas de espera infructuosa a que algún ocupante de este atril les concediese el sitio que se merecen, hoy me harte a hablar de mi Cristo y de mi Cofradía del alma.

A los dos debo no sólo el tener el privilegio de estar hoy aquí, sino el don mismo de poder proclamarme católico en medio de una sociedad que se descompone material y espiritualmente, porque en verdad os digo que si en los momentos de desorientación que todos pasamos el Cristo de los Balderas no se hubiera obstinado en mantenerme unido a Él y a la Iglesia con el hilo irracional de su Cofradía, hoy no sería su pregonero.

En estos tiempos impíos de crisis económica y de valores que nos ha tocado vivir, en los que el hombre no tiene confianza en sí mismo ni en los otros, los papones hemos de reaccionar con fe y con inteligencia, sin caer en absurdas depresiones colectivas y, por una vez, todos juntos, como en nuestra Semana Santa, con la ventaja de nuestro sentido del sacrificio y con sentimientos positivos hacia los demás, pero sin esperar a que nadie nos dé nada hecho, echarnos al hombro el paso de nuestras vidas haciendo mejor todo lo que esté de nuestra mano: en la familia, en los estudios, en el trabajo, en la cofradía, en la ayuda a los que nos necesitan. *“Venid a mí todos los que estéis cansados y agobiados, y Yo os aliviaré”*, nos dijo el Cristo de los Balderas. Eso deben ser las cofradías: refugios contra la intemperie humana y espiritual, en los que pueda reconocérsenos como discípulos suyos por tenernos amor unos a otros. Y os aseguro que no existe mayor alivio ni más duradero que el que concede el Hijo de la Virgen del Mercado que vive en San Marcelo cuando se le pide con fe.

Cincuenta años hace que un minúsculo grupo de hermanos –gracias por siempre, Eduardo de Paz- se reunieron en torno al Señor en una época muy distinta a la de hoy, pero con la misma finalidad que debe inspirar una cofradía en cualquier tiempo: la caridad, es decir, el amor entre los hermanos y con los necesitados. Hoy somos más de mil trescientos los necesitados que bebemos de la fuente inagotable del amor que mana de este Cristo muerto que aún vive en sus Siete últimas Palabras, verdadera teología de perdón, consuelo ante el sufrimiento y redención.

Leoneses, acompañadme a su vera y Él os aliviará. Pero callad, porque es noche de Miércoles Santo y el Cristo de los Balderas duerme...

Arrorró, Señor, arrorró,
duérmete sin miedo a nada,
que las estrellas te velan
y te vela el aire en calma
y la noche que es de raso
y el terciopelo que sangra
y te velan pies descalzos
bajo el fru-frú de las capas
y la luna que te mira
por una vez a la cara
y te velan oraciones
en capillos encerradas
y el silencio que es más hondo
porque es Dios mismo quien pasa
y te velan las palomas
y te velan las murallas
porque quieren ser sudario
de tu sombra reflejada
y vela Puerta Moneda
treinta monedas de plata

y te vela calle Herreros
porque tu Madre te aguarda
sola, pequeña y morena
para cantarte una nana
y te vela en la clausura
una toca enamorada
y en la Rúa los cristales
nos multiplican tu gracia
y te velan mil luceros
derramados por tu Plaza
y te vela San Marcelo
para rendirte sus armas
dándote lo que es de Dios
sin César que lo rebata
y te velan corazones
que refulgen como llamas
al sonar “La Madrugá”
a las tres de la mañana
cuando te acunan dormido
a las puertas de tu casa.
Arrorró, Señor, arrorró,
descansa, mi Bien, descansa
que hoy los clavos no te duelen
y tu cruz es cuna blanda,
que en apenas día y medio
estallará la Semana
y ya sólo habrá horas nonas
en el reloj de tu entraña.
Morirás para nacer
y que yo contigo nazca,
por eso tengo una cita
que llevo escrita en el alma
desde que siendo muy niño
mi padre me confesara
que lo que sabe de Dios
lo dicen Siete Palabras.
Arrorró, Señor, arrorró,
descansa, mi Bien, descansa
y sueña como yo sueño
la alegría desbordada
de un Viernes Santo que llega
como aquellos de la infancia,
lleno de luz, con la túnica
oliendo a recién planchada,
como quisiera que ahora
te llegasen mis palabras
que con sólo mencionarte
son de mi niñez plegaria.

Arrorró, Señor, arrorró,
sueña conmigo la gracia
de vivir un Viernes Santo
que sea pura venganza
por tanta lluvia vivida,
por la ruina que no escampa,
porque es preciso, Señor,
porque hace mucha falta
que León te vea en tu paso,
que pueda verte la cara
y abandonarse este Viernes
a tu alivio y tu bonanza.
Sueña conmigo que soy
un buen ladrón que te alaba,
sueña conmigo que estoy
como Juan junto a tus plantas,
suéñame cual Magdalena
frente a tu desesperanza,
sueña que soy el romano
que te da vinagre y agua,
sueña que está consumado
en mí lo que predicabas,
suéñame bajo tu paso
feliz asido a una vara
y suéñame pregonero
con la voz por Ti quebrada.
Arrorró, Señor, arrorró,
que el Viernes ya se abalanza
y León muere por verte
morir como en las estampas,
aunque Tú nunca te mueres,
Señor del hoy y el mañana,
pues en tu torso aún habita
un estertor de esperanza
con el que siempre susurras
al corazón tus palabras
cuando buscamos en Ti
lo que sólo en Ti se halla.
Pero quien vea tu trono
en el oro de tus andas
es que no sabe encontrarte
o de Ti no sabe nada,
porque el auténtico trono
en que se mece tu gracia
son dos maderos desnudos
cruzados contra tu espalda,
rosa del viento de Dios
desde la que nos abrazas.

Y así, abrazando a León,
la tarde se te hará grana
y el aire te sabrá dulce,
casi como a limonada,
pues llevará la canela
de las notas de tu Banda
y el tiempo se irá contigo
porque en Ti el tiempo se para
y mi dolor de bracero
será descanso de mi alma
y la sombra de tu cruz
será el envés de tu llama
y la muerte no podrá
dejarse ver por tu plaza
porque no lo quiere Dios
y San Marcelo la guarda,
pues eres fuente de vida
aunque el color se te vaya.
Arroró, Señor, arroró
descansa, mi Bien, descansa
que en el espacio sin tiempo
que une este atril y tu casa,
el Miércoles con el Viernes
y mi fe con tus Palabras
he sido tu pregonero
porque Tú quieres y mandas.
Ya me ha llegado la hora
de arriar esta alabanza
pero aún quiero pregonar
que sin Ti no sería nada,
que tu muerte cada año
es mi fe resucitada,
que tu Cofradía es refugio
en que mi vida se amansa,
que no existe mayor gozo
que verte andar con tu Banda,
que eres el Hijo de Dios
y nuestra única esperanza.
Ay, Cristo de los Balderas,
Señor del trueno y la calma,
despierta pues de tu sueño,
porque tu gloria es llegada
y el pregonero ya rinde
su encargo y su voz cansada
cayéndose de rodillas
pues la emoción le avasalla
y gritando lo que brota
por tu amor en su garganta:
¡¡VIVA CRISTO POR LEÓN!!
¡¡VIVA LA SEMANA SANTA!!

He dicho.

- 1970 – Luis Alonso Luengo.
1971 – Antonio Briva Miravent.
1972 – Ciriaco Pérez Bustamante.
1973 – Luis María de Larrea y Legarreta.
1974 – Ángel González Álvarez.
1975 – Millán Bravo Lozano.
1976 – José Anta Jares.
1977 – José María Suárez González.
1978 – Fernando Salgado Gómez.
1979 – Antonio Viñayo González.
1980 – Alfonso Prieto Prieto.
1981 – Fernando Sebastián Aguilar.
1982 – Manuel Núñez Pérez.
1983 – Juan Morano Masa.
1984 – Juan Carlos Villacorta Luis.
1985 – Lorenzo López Sancho.
1986 – Fernando Onega.
1987 – Eduardo T. Gil del Muro.
1988 – Gregorio Peces Barba.
1989 – Jesús Torbado.
1990 – Jesús María Javier Ortás.
1991 – Antonio Viñayo González.
1992 – Arsenio Lope Huerta.
1993 – Luis Pastrana Giménez.
1994 – Victoriano Crémer Alonso.
1995 – Antonio Vilaplana Molina.
1996 – José Magín González Gullón.
1997 – Luis del Olmo Marote.
1998 – Fernando Llamazares Rodríguez.
1999 – Antonio Trobajo Díaz.
2000 – Antonio Vilaplana Molina.
2001 – Francisco Javier Martínez Fernández.
2002 – Javier Caballero Chica.
2003 – Domingo Montero Carrión.
2004 – Inés Prada Martínez.
2005 – Felipe Fernández Ramos.
2006 – Nicolás Miñambres.
2007 – Bernardo Velado Graña.
2008 – Máximo Cayón Diéguez.
2009 – José-Román Flecha Andrés.
2010 – Jorge Revenga Sánchez.
2011 – Carlos Amigo Vallejo.